



► 5 Agosto, 2016

La salida del infierno

El CAS de La Mina, el barrio más castigado por las drogas, trata a diario a 50 adictos
 «El 90% de los que se han desenganchado en el barrio lo han hecho en este lugar»

CARLOS MÁRQUEZ DANIEL
 BARCELONA

Manu entra saludando, como quien viene a por pan. Fuera esperan su esposa y sus dos hijos pequeños, resguardados bajo una sombra. Uno de los niños parece muy hábil con el patinete. Papá se pone al día con el personal, charla con este diario y se marcha. Se marcha con la metadona y la medicación debajo del brazo, porque como cada viernes, desde hace 22 años, pasa por el Centro de Atención y Seguimiento (CAS) a las drogodependencias de La Mina para seguir el tratamiento por su adicción a la heroína.

«Consumía caballo por la nariz y por la vena. Estuve tomando durante 25 años y la mayoría de los que empezaron conmigo ya no están». Entre ellos, su primo, Ángel Fernández Franco, un nombre que no suena de nada si no se acompaña del alias: el Torete, uno de los personajes que, junto al Vaquilla, pusieron La Mina en el mapa gracias a su historial delictivo y las películas sobre sus vidas. La de Manu ha sido una existencia plagada también de altibajos, pero sin tanto altavoz.

1.700 MUERTOS // Le pasó lo mismo que a muchos en los años 80 y primeros 90, cuando en España morían al año 1.700 personas por sobredosis. Los padres, incapaces de controlar a la chavalada, buscaban ayuda donde fuera, y como empezaban a pasear los primeros autocares de ayuda a drogadictos-precursores de los actuales CAS, se subían a bordo, ni que fuera en marcha, para informarse. Ahí terminó Manu agarrado de la oreja por su madre, tras unos «días muy jodidos de abstinencia, cuando estaba en lo más profundo del agujero». Empezó a pincharse a los 14 años. «Por una tontería, por mezclarle con este o aquel». En estas dos décadas ha tenido alguna recaída. Un fin de año, una verbena. «Excusas», dice.

Habla de todo aquello mientras Felipe Díaz, el enfermero, le prepara la metadona. Este profesional de

el sustitutivo

LA METADONA

Kryptonita contra la plaga

La heroína se cebó con la juventud de la década de 80, incapaz de contrarrestar los efectos de un opiáceo tan potente como adictivo. Hacía falta una kryptonita capaz de arrancar a la chavalada de una droga que había marcado la década, con momentos de hasta 60 muertos por sobredosis al mes solo en Barcelona. Así fue como un

En enero de 1990 se aprobó la dispensación de metadona en los centros sanitarios

real decreto, sellado el 19 de enero de 1990, puso orden a la dispensación de metadona en los centros sanitarios acreditados. No mataría la rabia, pero amansaría la furia. La metadona, según señalan la doctora Marta Torrens, tiene un autismo de unas 24 horas, mientras que los efectos de la heroína son cortos y llevan a los drogadictos a consumirla entre cuatro y seis veces al día. La abstinencia se consigue gracias a los opiáceos sustitutivos (también se recurre a la buprenorfina), que consiguen que el adicto amortigüe los efectos del llamado mono.

la sanidad ya estaba en las clínicas móviles que iban por las plazas. En el barrio había tres paradas. Las echa de menos porque eran «más cercanas a la gente y además evitabas problemas de integración», esas manifestaciones contrarias a las salas de venopunción, tan necesarias como inocuas. Empezó a trabajar en La Mina en 1996 y es la persona que controla las dosis; quien, junto a Chefa Marín, suministra todo lo necesario para que los enfermos de la droga puedan ir tirando sin pensar en la aguja.

MARCHAR // No es fácil, porque si algo abunda en este barrio es el narcotráfico. Por eso Manu, en cuanto pudo, se marchó al Besòs. «Yo le digo a todo el mundo que se vaya de aquí, porque el barrio no ayuda; el barrio no cambia. Y solo lo hará si lo hacemos cambiar los que somos de aquí de toda la vida». «El problema-señala Felipe-es que en un mismo edificio te encuentras al traficante, al consumidor y a las familias».

Manu tiene un hijo ya en primaria que merecía una explicación. Le han contado que papá tiene un problema en los huesos, y que si no se toma su medicación, se pondrá malísimo. Es una verdad a medias. Pero sí es cierto que si se olvida de la metadona, aunque lleve años sin consumir heroína, se siente «como un abuelo, sin fuerzas, con frío, tembloroso». «Prefiero estar controlado. Más ahora que tengo una familia. Sin mi mujer, que nunca se ha metido nada, creo que no lo habría conseguido». En este punto se acuerda de todos los familiares que han muerto por culpa de la droga, como otro primo al que encontraron en un parque con la aguja en el brazo.

Marta Torrens, directora de la línea de adicciones del Instituto de Neuropsiquiatría y Adicciones del Parc de Salut Mar, señala que la clave del éxito, además de la confianza y el vínculo que se genera con los pacientes, es «la cercanía y la accesibili-

Pasa a la página siguiente



Entrada del CAS de La Mina.

LA MAYORÍA, ENGANCHADOS EN LOS AÑOS 80

Supervivientes del caballo

La media de edad de los tratados es de 45 años y las mujeres todavía son una inquietante minoría

CARLOS MÁRQUEZ DANIEL
 BARCELONA

Hay cosas que solo pueden pasar en La Mina. Para lo bueno, para lo malo y para lo curioso. Aquí conviven dos calles del Mar, paralelas. Y no muy lejos está la de Mart, para rematar la cosa. Si el destino está en esa dirección y además es un domicilio sin número, esto es más una gincana que una cita. Por suerte es algo que solo le pasa al neófito, porque aquí todos conocen el Centro de Atención y Seguimiento (CAS) a las drogodependencias. Abren la puerta la directora de la línea de adicciones del Instituto de Neuropsiquiatría y Adicciones del Parc de Salut Mar, Marta Torrens, y la responsable del centro, la psicóloga Eva Lligoña. Mientras atien-

den a este diario, en un menudo despacho, los enfermos van entrando y saliendo para recibir su dosis de metadona y su medicación. Normalidad absoluta. Una pequeña familia. Un engranaje perfecto.

Las expertas explican que aquí la media de edad de las personas en tratamiento contra la heroína es de 45 años. El más joven tiene 22, y el más veterano, 75; un hombre del barrio de toda la vida, patriarca de una familia con numerosos miembros también en desintoxicación. Cuentan que llegan pocos casos nuevos de enfermos enganchados a la heroína, que el año pasado, por primera vez en la vida de este equipamiento, el alcohol fue la primera causa de pacientes atendidos, por encima de los opiáceos y el cannabis. En Barcelona,



► 5 Agosto, 2016



Felipe y Chefa, en el centro de atención primaria.

por aquello de comparar, los que tienen problemas con la bebida superan de largo al resto de adictos desde el 2001. Pero La Mina es distinta.

Los que cruzan la puerta, muchos de ellos, son «**supervivientes de la plaga de la heroína de los 80 y principios de los 90**» que, con el paso de los años, han ido desarrollando nuevas patologías asociadas al consumo. Hepatitis C (la muerte por problemas de hígado es habitual), problemas respiratorios derivados del tabaquismo. Pero no tanto el sida, que ha ido perdiendo terreno. «**De lo que se trata, también, es de manejar la salud individual bajo el concepto de salud pública; debemos evitar que se infecten, pero también que infecten a otros**», señala Torrens, que lleva casi 30 años en la materia. El objetivo, continúa, es que no consuman, lo que se consigue tomando sustitutos como la metadona, que puede llegar a acompañarles toda la vida y, si se logra evitarla, con fármacos.

Precisamente el tiempo es una de las cosas más difíciles de gestionar, sostiene Lligoña. «**Convencerles de que el tratamiento puede ser muy largo no es fácil. Vienen con el concepto de la heroína: si toman mucha metadona consideran que están engan- chados y por eso piden poca. Pero no**

se trata de eso, porque la dosis equivocada puede ser inútil o peligrosa».

Otro de los retos, al margen de salvar y prolongar vidas, es la mujer. Representan el 40% de las personas que consumen, pero solo SON el 20% de los drogadictos que dan el paso e inician un tratamiento. Arrastran un enorme estigma, una asignatura pendiente que el próximo plan de drogas de Barcelona -el presente caduca este año- abordará a fondo. También en La

«Convencerles de que el tratamiento puede ser muy largo no es nada fácil»

Mina trabajan el tema, día a día, con la confianza que dan los años, el roce. «**Detrás de un hombre que va al tratamiento hay una mujer que le anima y le empuja, ya sea su madre, la mujer o una hermana. La mujer que viene a visitarse lo hace a pesar de; con muchos miedos**», lamenta la doctora del Hospital del Mar.

Aunque la heroína aparece de manera puntual en los jóvenes adictos, las profesionales recomiendan estar

«**muy atentos**». Basta, señalan, con recordar lo sucedido en Estados Unidos en el último año, donde se ha registrado una nueva epidemia de heroína -se han multiplicado por cuatro las muertes por sobredosis desde el 2000- que, según señala Torrens, «**a diferencia de décadas atrás, cuando se engancharon sobre todo a hispanos, ahora ha hecho mella en la clase media caucásica**».

Lo que está en la calle

Por eso a esta profesional le gusta recordar que la gente «**consume lo que está en la calle**», lo que obliga a estar muy atentos, a trabajar de manera conjunta entre administraciones. Y codo con codo con la policía.

Lligoña recuerda que hace 20 años, la droga «**aparecía en las encuestas en lo más alto de las ocupaciones ciudadanas**». Ahora ha desaparecido del podio. Se ha hecho mucho, y la inquietud, aunque en La Mina es muy superior a la media, ha decrecido. Pero existe un riesgo que ambas expertas ponen sobre la mesa: «**Si no se habla de ella, alguien podría pensar que no hace falta financiar la lucha contra las drogas**». Un mensaje para políticos. ≡

Viene de la página anterior

dad del centro» para conseguir romper con los tabús, las barreras y el estigma. Ellos mismos, los profesionales que laboran en este entorno, han tenido que escuchar frases como «¿de verdad trabajas con esa gente?». Y eso son cosas que no ayudan.

SOBREDOSIS // No muy lejos de aquí se encuentra la sala de venopunción, gestionada por una entidad privada. Ahí, sostiene Torrens, el objetivo no es tanto saber cuántos se animan a iniciar un tratamiento, sino «ser conscientes de la cantidad de vidas salvadas por una sobredosis que se produce en un lugar controlado y no en la calle».

Si dan el paso, como lo hizo Manu, se les da hora de inmediato. «Si esperamos, pueden recaer». La capacidad de retención es sin duda el mayor éxito de este tipo de centros. Por eso van paso a paso, educando en la paciencia, trabajando las perspectivas a largo plazo.

Antonio es otro drogadicto que acude regularmente al CAS de La Mina. Lleva cinco años con la metadona. Empezó a pincharse después de separarse. «Las malas compañías, un momento chungo; ya sabes». Llegó fatal, temblando de frío. Es un chico nervioso, que habla deprisa, algo

inconexo en las frases. Pero con un deseo claro: «Ahora estoy bien, tengo muchas ganas de trabajar y por eso hago todos los cursos que me dice la asistente social». Felipe le entrega la metadona mezclada con zumo de naranja y se va. Tiene un poco de prisa. Se despiden en la puerta de Susana, la educadora social, la persona que más años lleva en el centro. «Les conozco bien a todos, pero lo más importante es que me conocen ellos a mí y que confían en mí, en nosotros», dice Susana.

La capacidad de retención de drogadictos es sin duda el mayor éxito de este tipo de centros

Por el centro circulan una media de 50 personas al día. El 80% de los que están en tratamiento pasan a diario. Los efectos se notan. Manu está convencido de que el 90% de los que se quitan lo hacen gracias al CAS. La metadona salvadora, que se fabrica cerca de la plaza de Lesseps, en la tan cercana como lejana Barcelona, se guarda en una caja fuerte. El oro líquido de la lucha contra la droga. ≡